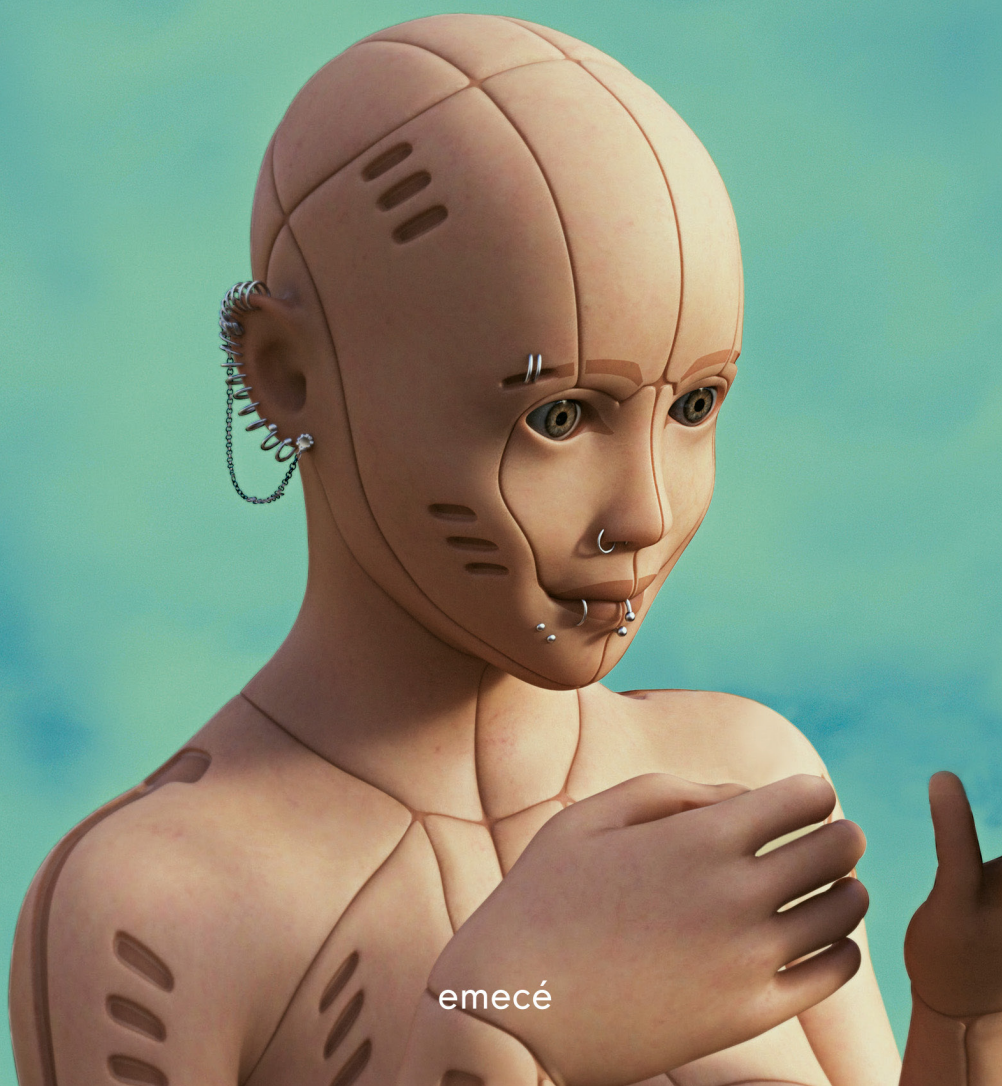


PABLO PLOTKIN

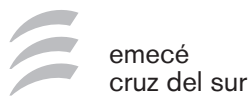
# BRASIL DEL SUR



emecé

Pablo Plotkin

# Brasil del Sur



Plotkin, Pablo  
Brasil del sur / Pablo Plotkin. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2022.  
360 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-04-4107-0

1. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

© 2022, Pablo Alejandro Plotkin

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.  
Publicado bajo el sello Emecé®  
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.  
[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición: abril de 2022  
1.500 ejemplares

ISBN 978-950-04-4107-0

Impreso en Gráfica TXT S.A.,  
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,  
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o  
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,  
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.  
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

—Ahí viene, capitán.

Elena se subió a la espalda de Víctor, que todavía olía a protector solar. La ola los aisló del ruido, los revolvió y los dejó en la orilla. Víctor quedó sentado en la arena con los brazos abiertos. Su poco pelo le manchaba la frente como un tatuaje.

—¿Todo bien? —preguntó con una risa.

—Sí —dijo Elena tratando de expulsar la sal de la nariz—. Una más.

—No, basta.

—Última.

—No. Estoy roto.

Elena resopló.

—Tengo hambre.

Caminaron hasta la sombrilla donde estaba María del Carmen bronceándose con una bikini color plata y lentes negros. Su metro setenta y cinco sobresalía de la reposera.

—Ma, tengo hambre.

—Hay fruta en la heladerita.

Elena sacó una pera algo oxidada. Víctor le preguntó si estaba buena; la chica asintió y le ofreció un morisco. El padre le dio dos tarascones y se la devolvió.

—Bueh, te comiste la mitad.

—No seas angurrieta —dijo María del Carmen.

—Ya sabés. Vos me ofrecés y yo le entro.

Elena volvió corriendo al mar.

Era un día de calor y poco viento y había mucha gente en el agua. Se deslizó un rato más sobre las olas mientras medía la línea vertical que la separaba de la sombrilla verde y blanca. La corriente tiraba al sur, pero Elena volvía al eje cada vez que se alejaba. El sol estaba alto, la orilla era un espejo fulgurante y el paisaje se volvía borroso a través de los ojos salpicados. La rodeaban chicos que jugaban a los gritos, parejas jóvenes que se desafiaban entre risas y aprendices de surfers que trataban de hacer pie sobre las tablas.

Entonces vio un tumulto que se formaba en la zona donde estaban sus padres. Quiso salir rápido, pero la corriente le jugó en contra. Tuvo que aprovechar el envión de dos olas para volver a la playa. Pisó la canaleta de un castillo de arena y trastabilló. Siguió corriendo y escuchó el llanto desafortado de María del Carmen.

—Víctor qué te pasa —repetía sin parar.

Su padre estaba tirado boca arriba, con los ojos dados vuelta y la lengua asomando por la boca. Un

hombre con la marca rosada en la nuca del veraneante recién llegado trataba de reanimarlo con manio-  
bras en el pecho.

—Está vivo —dijo—. Pero denle aire porque se  
me va.

El pelo de María del Carmen seguía largo, pero se le había secado y lo llevaba recogido. Salió de la cocina limpiándose los restos de zanahoria rallada en el delantal. Tenía un ojo ciego y la espalda encorvada. Era, todavía, una mujer de aspecto fuerte, pero daba la impresión de ser un monumento agrietado.

—Ayúdame con esto, Elena. Ayúdame con tu padre, por favor.

—Otra vez no, mamá.

—Por favor. Hace una semana que no lo veo. Quiero que cene con nosotros.

—No te hace bien tanto.

—No me quieras explicar, Elena.

—Entonces arreglételas sola.

—¡No veo nada en esa pantallita!

—No necesitás ver nada. Le podés hablar.

—Siempre pasa algo, siempre se traba cuando lo hago yo.

Elena agarró el controlador y eligió el único homograma predeterminado. Ubicó el lienzo volumétrico

en la silla de la cabecera. María del Carmen ya había dispuesto el plato, los cubiertos y la botella de vino que solía comprar Víctor. La luz pálida de la lámpara le daba a la mesa un aire teatral, como de naturaleza muerta. Elena fue al baño mientras la figura de su padre se corporizaba. Era la parte más triste de la invocación, y prefería no estar presente. Escuchó los sollozos y el saludo añorado de María del Carmen; desde la rendija vio cómo le posaba una mano en el hombro. La diferencia de edad entre María del Carmen y el homograma de Víctor, que había muerto a los cincuenta y dos años, se volvía cada vez más chocante. Al principio, cuando accedieron a Homogram a través de un crédito, Elena le dijo a su madre que podían configurarlo para que su apariencia se actualizara con el paso del tiempo. Pero María del Carmen se negó.

—Solo Dios sabe cómo hubiera envejecido.

Víctor se sentó a la mesa con su camisa a cuadros y el gesto relajado. No había dejado un archivo rico de composición personal, así que su homograma era un ejemplar rudimentario, que respondía a promedios algorítmicos. Los homogramas eran el desarrollo superador de los robots de compañía, o así los vendieron en las campañas de lanzamiento: una respuesta humanista y material para el mercado de la ausencia. Después de aquel accidente cerebrovascular en la playa, Víctor había tenido una sobrevida difícil, de manera que su muerte había sido un alivio



para todos. Sin embargo, en la vejez, María del Carmen convirtió los recuerdos de su matrimonio en un refugio contra el pánico. Entonces apareció Homogram, con ese nombre que evocaba la edad de oro de Silicon Valley. La posibilidad de tener una versión material de Víctor en casa, aunque fuera de a ratos, la llenó de miedo y felicidad.

Elena accedió después de pensarlo mil veces. Las primeras experiencias fueron buenas, sobre todo porque ella no las presenciaba. Pero enseguida se dio cuenta de todos los riesgos que implicaba para la salud mental de su madre, además del costo. Durante el primer trimestre, las cuentas de electricidad y mantenimiento de la versión completa fueron descomunales. María del Carmen necesitaba invocaciones cada vez más frecuentes. Cuando el homograma se disolvía, experimentaba un vacío atroz. Creía que con otros diez minutos bastaría, un café, un rato más de él leyendo en la cama, y el saldo seguía cargándose.

Elena volvió del baño. Había dispuesta una fuente con milanesas y el plato de Víctor tenía servida una ración de papas con un huevo frito montado.

—Te iba a hacer dos, pero tenés que cuidarte del colesterol —dijo María del Carmen.

Elena puso los ojos en blanco.

—¿Cómo estás, hija? —le preguntó el homograma.

—Bien —respondió Elena sin mirarlo.

—Te extrañamos —dijo María del Carmen.

—Y yo a ustedes. ¿Comemos?

Víctor representó el acto de comer con muletillas como «mmm...», «delicioso».

—Me alegra que te guste. Comé despacio, no te vas a atorar. Elena, servile un poco de soda a tu padre, por favor.

Elena disparó tres sifonazos cortos y se quedó observando las burbujas tintas que chispeaban en la superficie del vaso. Le dio un par de bocados a su milanesa y empezó a levantar los platos.

—Pará, nena, ¿qué apuro tenés?

—Eso —agregó Víctor—. ¿Qué apuro? ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Mucho, justamente. Me quiero ir a descansar. Dejá todo así, mamá, vayan a acostarse directo que yo mañana lavo antes de salir.

Elena trabó la puerta de su dormitorio y se acostó con la pantalla apoyada en los muslos y un almohadón contra la parte baja de la espalda; después de los treinta y cinco habían llegado los dolores lumbares. Necesitaba sacarse la cena de la cabeza antes de entrar en sueños. Armó una categoría básica de ficción porno y acabó en un par de minutos. Cuando fue al baño, vio al homograma de su padre caminando lento por la penumbra del pasillo hacia la habitación matrimonial. Su madre lo seguía de cerca, mucho más encorvada que él, con las palmas en dirección a su espalda.

—Buenas noches, hija —dijo el homograma inclinando la cabeza.

—Vamos a ver un rato de televisión antes de dormir —avisó María del Carmen.

Elena sabía que tenían poco crédito. Esa cosa se iba a disolver antes de medianoche.

Sentado en la entrada de la casa matriz de Felicidad Absoluta, Wong contemplaba el tránsito casi nulo de media mañana. El sol pegaba todavía oblicuo y, dentro de una jaula que colgaba junto al umbral del supermercado, Dylan giraba la cabeza de un lado a otro.

—*Zǎo shàng hǎo!* —dijo Wong.

—*Zǎo shàng hǎo!* —repitió el loro.

Wong inhaló de su vaporizador con esencia de cacao y chequeó la provisión desde el teléfono. Había faltantes de productos de limpieza en algunas sucursales, pero la situación era asombrosamente mejor que hacía cinco años. La ciudad parecía estar llegando a un punto de equilibrio con sus casi quinientos mil habitantes y el negocio empezaba a ser previsible otra vez, como había sido el de su padre décadas antes, en el pico de bonanza de los supermercados chinos. El volumen de ventas ahora estaba lejos del de aquellos tiempos, pero Wong sabía que las posibilidades eran infinitas, y no se limitaban a la cadena de autoservicios.

El período desesperante que se había dado entre las explosiones y la Refundación parecía remoto. La antigua aristocracia de su colectividad había emigrado y Wong fue de los pocos que supieron ver el potencial en el caos, o que se animaron a confrontarlo. Para cuando Buenos Aires empezó a repoblarse, y se produjo la importación acelerada de nuevas tecnologías y el marco para fomentar las políticas de libre albedrío de la inteligencia artificial y la experiencia de usuario, los emprendedores como él tuvieron su recompensa.

Dentro del salón de ventas, los productos se alineaban en murales ordenados según la escala cromática de Felicidad Absoluta, una paleta elegante que iba de los violetas a los ocre. El ochenta por ciento era mercadería traída de Brasil Central. A la izquierda, la góndola de productos de la franquicia Post-Fizz exhibía su diseño particular, con botellitas y latas de bebidas medicinales, dulces inteligentes, cremas dentales, esencias y stickers de audios con meditaciones guiadas, entre otras ofertas. En la cabecera, un exhibidor contenía en letras metalizadas el último eslogan de la marca: «Sensaciones para una nueva realidad».

Wong atravesó el pasillo, se metió en el fondo del local y bajó las escaleras al sótano en el que antiguamente funcionaba un depósito y que ahora era su refugio personal, un ambiente grande iluminado con luces frías donde tronaba una vieja heladera de frigorífico. Entró al baño y se miró unos segundos en

el espejo. La cera capilar mantenía la textura de las sienes; el jopo estaba en el ángulo correcto.

Fue hasta la heladera, acercó la oreja a la puerta color arena y escuchó un gemido muy suave. Wong devolvió un «shhh» delicado. El segundo gemido que salió desde adentro sonó un poco más alto. Wong chasqueó la lengua y activó la palanca de metal. Al abrir la puerta la heladera exhaló un bufido amortiguado, y detrás de una nube de vapor emergió la pequeña criatura, cubriéndose los ojos con una de las garras frente al destello de luz.

—Tranqui —dijo Wong.

La liberó del grillete que la mantenía sujeta de una de las patas y la alzó. La criatura dio un par de bocanadas profundas y exhaló como si estuviera llena de hielo seco. Emitió un silbido y abrió grande la boca, dejando ver una doble hilera de colmillos pequeños.

—Silencio —susurró Wong—. No te puedo sacar de acá todavía. Ya te voy a conseguir un lugar. *Rěnnài, rěnnài...*

Wong agarró un cartón de leche de almendras, lo desenroscó y se lo acercó a la boca. La criatura sorbió hasta liquidar el envase y después dio algunos pasos torcidos. Agitó los muñones de alas tratando de levantar vuelo, pero parecía entumecida. Lo intentó un par de veces más y no hubo caso. Se arrastró un momento, tosió y detrás del humo blanco salió un resto de hollín.

—Eso —le dijo Wong.

La criatura volvió a toser y esta vez emitió un rugido sordo. Ahora parecía el arranque de un ciclomotor.

—*É isso. Que salga.*

Infló el pecho y exhaló con la poca fuerza que le quedaba. Lo que brotó de la garganta fue un líquido negro y viscoso, una especie de alquitrán. La criatura observó a Wong con sus ojitos grises y comenzó a lamer la mancha.

—Dejalo —dijo Wong e inhaló un poco de su vaporizador.

Tiró un trapo húmedo y se lo puso debajo de la suela. Limpió el piso mientras la criatura se arrastraba a la heladera. Wong la levantó por el pellejo y la metió en su estante. Ajustó el grillete a una de las garras y cerró la compuerta.

Wong subió las escaleras, caminó por el salón de ventas chequeando que todo estuviera en su lugar, saludó con una sonrisa a los clientes y se paró en la puerta del supermercado.

—*Zǎo shàng hǎo!* —exclamó el loro al verlo.

—No me rompás las pelotas —dijo Wong.

Fausto esperaba a Vázquez en la puerta de la confitería Cristal, al volante del híbrido que le había asignado la administración de Brasil del Sur. Tenía veinte años y era el hombre de confianza de uno de los líderes de la Organización. Un secretario todoterreno.

Se había criado en el predio electrificado de los ambientalistas de Agronomía. Allí había aprendido varios oficios —mecánica, carpintería, jardinería, electricidad—, pero sobre todo había absorbido eso que Vázquez solía llamar «la filosofía voluble del nuevo orden, la transición del misticismo rústico a esta sociedad emprendedora y secular».

Fausto era de la primera camada de egresados de la nueva formación, un ciclo de estudios de tres años que preparaba a los juveniles para insertarse en el mercado de trabajo. Ahí conoció a Ronda Garber, profesora de la materia Nuevas Psicologías. Ronda, que no había llegado a completar la carrera de Medicina, era quince años mayor que él. Su hijo de siete, Lautaro, enfermó y murió poco después de las explosiones. Ella emigró y volvió a tiempo para adaptarse al nuevo panorama. Fue terapeuta del Gabinete de Químicos de la Autoridad de Emergencia y después empezó a involucrarse en la comunicación de los ambientalistas. Parecía que podía crecer políticamente en la estructura, pero terminó recluida en la docencia. Era, a sus cuarenta y seis años, una leyenda de las aulas.

No hubo escándalo cuando se supo que estaba teniendo un amorío con un estudiante. Fausto entonces tenía dieciséis años y era huérfano. Desde el comienzo se había interesado en la materia de Ronda. Durante las clases intercambiaban miradas largas. Era un juego de seducción en el que él levantaba la

mano, preguntaba algo, ella le respondía sin dejar un segundo de silencio y todo ocurría así, como si bailar a la distancia.

Una noche, cuando Fausto salió del antiguo edificio de Veterinaria y enfiló a la salida lateral de la Agronomía —por entonces el predio ya estaba abierto y él vivía en un caserón del Barrio Inglés asignado a los estudiantes—, el viejo holograma del Sr. Rocco se le apareció en la oscuridad con su bigote absurdo. El Sr. Rocco sacó una pizza chorreante de queso y la adelantó provocando una perspectiva desproporcionada. «¡Es hora de una pizza, bambino!», exclamó antes de que Fausto lo minimizara.

—¿No tenés hambre? —dijo Ronda desde la oscuridad. Su teléfono se bloqueó con un chasquido.

—¡Ah, fue usted! —replicó Fausto con una risita nerviosa.

—Basta de *usted*, Fausto. Te invito una pizza.

Compartieron una grande de anchoas en la barra de Sr. Rocco, bajo la luz azul de los tubos de lava. Eran las únicas personas en ese local immaculado, construido sobre las ruinas de una vieja pizzería barrial.

Después fueron al departamento de Ronda. Era la primera vez que Fausto tenía sexo, pero ella lo hizo sentir muy cómodo. Durmieron juntos y al otro día cada uno se dedicó a sus cosas. Eso había ocurrido hacía un mes y medio, y Vázquez había aprobado la relación desde el primer momento.



—Vas a aprender mucho al lado de Ronda —le dijo una mañana desde el asiento de atrás—. Ahora basta de homogramas.

Fausto no quiso contradecirlo: nunca había usado homogramas. Homogram había salido al mercado como un producto para adolescentes, pero rápidamente se había convertido en un negocio para gente viuda, depresivos y ex clientes de burdeles. Fausto ni siquiera lo había probado. Cuando un amigo le sugirió revisar el archivo compositivo de sus padres, respondió mirándolo a los ojos:

—¿Por qué no te vas a la puta que te parió?

En la zona de Cristal, los funcionarios, los operarios y los distribuidores caminaban a paso lento. No parecía haber urgencias, ni ruidos más allá de la notificación de un teléfono o el murmullo de una conversación discreta. Era un día de sol pleno y temperatura media. No volaban aves en la plaza. Las publicidades titilaban en silencio. Los coches, conectados al Programa de Tránsito Limpio, usaban su carril único a la velocidad reglamentaria.

Vázquez salió de la confitería con un maletín de cuero bordó.

—Listo —dijo mientras se metía en el auto—. Vamos a la oficina.